moira trapagua

encima, entona, inclina

la víbora que faltaba

Paseaba todas las tardes roncando. Por las tardes, indecisa, la señorita paseaba. Pescaba los mantos de viento que alfombraban la vereda de la calle que hacía de cuna. Que se mecía al compás ronroneo de los colectivos. Y si el tren aliviaba la alcancía con sus cobres de roldana fresca, la señorita paseaba vislumbrando canales venecianos, los vecinos la saludaban con muecas burdas.

Al tanto se tanteaba la señora, su señoría que tanto reía. Reía a mares y nunca tosía. Los mares celosos de algarabía, pescaban abrojos en los ojos y algún oso que otro, un flato musical despedía.

De vieja llegó a mover mares con el dedo meñique de su mano de arriba (la de abajo la reservaba para menesteres de otra tanta lujosa furia). Pero nada se hizo esperar tanto como su nacimiento entre las pampas violáceas, hacia el norte y a la vuelta. Otros de sus nacimientos pasaron sin penas ni glorias, como el que tuvo lugar entre pantanos burbujeantes, no tan al sur pero un poco más al costado.

En su adolescencia pidió milanesas de pollo seco. Tuvo tantas adolescencias como secos pollos. Con cada sequedad picuda, una pluma en el ombligo. Un amuleto para la memoria.

Hubo días flacos. Los hubo en cantares de gesta. Y en ciencias sesgadas. Y ella los socorría, un poco por necesidad, y no tanto por misantropía. Es que los días gritan por socorro, por si acaso.

Y en su acaso, también ella gritaba. Gritaba por los palmares sueltos y los sueltos de sueldo. El grito no le quedaba flojo, su gritar apretaba. Apretaba a las carnes y apretaba a los sueldos. Y al rato gritado, hasta los palmares gritaban.

Se inundó el barrio de gritos. Los vecinos se paseaban en sus canoas, tapándose los oídos para no ahogarse. Pero se hacían pis encima, y el pis se mezclaba con los gritos, liberando vapores infectos. Ella inspiraba los vapores sentada en su jardincito de begonias malhumoradas, canturreando otros gritos.

Sus gritos eran canciones de amor para sus begonias. Pero a las begonias les preocupaban los vapores que no hacían otra cosa que desenamorarlas de la vida. En la preocupación encontraban un modo turbio de vivir. Un modo vaporoso de existir a puro grito. Y meo.

A veces las begonias beben meo. A veces ella orina sobre sus bocas, y las begonias se relamen los pétalos con sus estambres erectos. A veces una abeja vieja se interpone en el camino del chorro, y la ducha le devuelve a sus franjas amarillas el resplandor juvenil que tanto alteraba a los abejorros.

La señorita tenía una cintura de avispa. Todos los talles y los tallos le sentaban bien. Al crecer y no envejecer, la cintura seguía en su sitio. Solamente en cierta ocasión, tuvo que deshacerse de ella, su cintura de campeonato, porque las muecas grotescas de los vecinos se estaban poniendo pesaditas y, de cuando en cuando, estiraban los tentáculos para intentar sobar a la señorita.

A ella no le agradaba demasiado el roce viscoso de algunos de esos tentáculos. Pero no podía evitar sentir cierto cosquilleo lírico cada vez que la extremidad esbelta y radiante que asomaba danzante por aquel orificio en el muro le removía la lámina de aire que cubría sus muslos.

El orificio se ensanchaba con la pena de no poder más. Por ahí, los tentáculos querían colarse de a dos, de a cuatro, a veces de a veintisiete. El orificio sonreía escoriado, tratando, desde su ardor, de conciliar tan penetrante pasión.

No es que ella no quisiera revelar sus ocultas pasiones. No es que sus seculares liturgias le prohibieran la resolución de sus tensiones ciliares. No es nada que no tenga solución, que busque una explicación entre las leyes naturales más profanas. No es, en definitiva, ella.

Tampoco es la ráfaga de las sabidas soluciones indisolubles. Ni mucho menos aquel corazón resoluto de indeterminación. Será la esquiva noción de saberse ella. Ella, la que justifica lo injustificable, lo ajustable, lo justo y lo absolutamente innecesario.

Ella que besa sus begonias todas las mañanas, que todas las tardes se pasea roncando. Ella que con su cinturita de avispa asusta a los nenes del barrio, maleducados por sus madres acerca de las pasiones entomológicas.

Mejor educación han recibido esos vapores. Conocen la eficaz forma para depositarse con delicadeza detrás de las pantorrillas. Saben cómo endulzar los prístinos labios de la señorita y permanecer en silencio de negra.

Se ruborizan los vapores al correr entre las piernas de ella, al sentir el roce de sus prístinos labios. Y los vapores ruborizados enrojecen la atmósfera de la habitación donde la señorita baila desnuda al compás de un coro de gusanos cantarines que entonan una rumba militar.

Es en esa salsa, en ese tren que descarrila, en donde la señorita revela todos sus dones. Desde sus poros emerge una humedad tremenda. La luna hace nido en su lengua. Los vecinos se agitan. Las begonias se tensan. Los vapores se refugian. Es la hora de mirar.

La hora, la bendita secuencia de instantes golosos. La hora rotunda de transiciones. Hora beata hora morosa hora que sopla los jugos celosos la sed de los montes la herrumbre del pueblo. Hora en que ella calienta los brazos del águila.

La señorita estira sus palmas hasta sentir que se abren. Brotan músculos de amor. Y roces de murmullos que se hinchan. Corre un perfume de virgen disimulada. Hay horas que se sonrojan. El tiempo se hace cenizas. Se han quemado los días y los meses. Los años han querido salvarse nadando pero se ahogaron. Acá todo es un instante que respira. Un motor fuera de borda que levita. Dedos que se aplican obedeciendo al paisaje.

Los músculos reptan. Al llegar al borde del abismo descorren el velo que tapa los trazos de olvido que ella dibuja sobre la tierra. La tierra está fresca. Jugosa de recordar la lluvia. La lluvia volvió de sus tormentos.

Los nervios dan coletazos afuera del agua. Se contraen y se relajan provocando al rayo. El rayo es un ojo que fustiga despiadadamente. Un ojo mojado, empapado en el gemir empantanado de la tierra. La señorita es un arco que a todos recibe.

Ella pinta el fucsia de la astucia, lo recubre de cobre lejano. El metal ayuda a la proposición del huevo. Ella lo empolla con todo su amor, pero el huevo se rompe prematuramente y emerge el alba rociada de fuego.

El fuego es una valija para los poetas que han dejado de mamar bilis. Y ahora quieren succionar de las miradas fijas, quieren beber de la observación de los fenómenos. La ocurrencia láctea de la noche.

La bruma soba el musgo que crece sobre la piel de la señorita cuando ella se recuesta junto a sus begonias a contemplar la noche. La noche se estira silbando el alambre que la perfora. La noche alumbra los túneles de su cuerpo, tentando a los poetas.

La señorita peina sus cabellos con las rodillas de la noche. Los poetas han confeccionado un peine con los adjetivos que han usado los perros de la prosa mayor. La señorita toma el peine, pero este, desprevenidamente, ladra.

Los cabellos quieren responder al ladrido, pero no les sale la voz. Así que deciden huir, dejando calva a la señorita. Ella persigue a los cabellos, pero los muy turros, deciden ir cada cual por un camino diferente.

Los cabellos no se han dado cuenta que esos caminos son ellos mismos. Han quedado confundidos en la huida y ahora se recorren desde la raíz hasta la punta. Cansados en su carrera inagotable, son restituidos sobre el cráneo de la señorita que, extrañamente, los ha extrañado.

Tanto corretaje ha cansado a la señorita. Ahora se sienta en su jardín de begonias, y se queda dormida. Cada vez que esto sucede, las begonias aprovechan para serenar sus pétalos saciando su sed con las microscópicas gotas que brotan de la piel de ella cada vez que en su sueño es acariciada por el deseado tentáculo, aquel que suele asomar a través del agujero del muro.

Prosigue el sueño hasta que acontece el sueño de despertar. Y la señorita abre lentamente los ojos para ver en la oscuridad. Y lo que ve es el sueño de los que se apagan para dormir. El incansable cansancio de echarse a esperar.

Despierta, espera la llegada de otro sueño. Impaciente, intenta robar algún sueño ajeno. Pero sus reflejos no son lo suficientemente rápidos como para cazar en pleno vuelo a esos sueños que revolotean por el jardín. Su única esperanza es agarrar desprevenido a uno de los sueños golosos que se posan sobre alguna begonia para libar su jugo.

Los sueños no son alados. Caminan bostezando algún ancho paso y después otro paso largo de lombriz. Escapan de la luz para hacer luz en la oscuridad. A veces es un infierno eléctrico. La vez pasada fue una decapitada cabecita de fósforo. El sueño duró un suspiro y después se quemó hasta despertar.

Algunos sueños han decidido rebelarse. Eligieron un rinconcito oscuro del jardín para montar allí cuartel general. Han declarado jefe a una pesadilla. Han decapitado a siete jóvenes begonias y depositado los sangrantes pimpollos junto a la puerta de la vigilia.

La pesadilla es negra. Chorrea un destello peludo que es el fulgor de las apariciones. Chorrea sobre el obediente motor de la utilidad. Chorrea hasta obstruir los buenos modales, los engranajes periféricos de los avestruces políticos. Chorrea de puro chorrear. Y sigue chorreando.

Lo chorreado se expande por el suelo del jardín, ninguneando a los pastos que fuman distraídos. Lo chorreado es tan negro como la pesadilla, y tan espeso como el engrudo que vomitan los dinosaurios angustiados. La señorita chapotea feliz de asco sobre el charco fétido y pegajoso.

Se impregna toda de aromas férreos. De chapuzones estratosféricos. De vinchucas en la nieve. Se deleita con el río que le crece por los pechos, por las tinieblas que habitan debajo de las uñas. Canta un silencio festivo. Ríe una melodía de latidos. Y el río se le acuesta en la garganta.

El torrente baja violento por el tracto digestivo. La cascada gástrica anuncia la llegada de una innovación, de una ovación intestinal, una oda al duodeno. Se forma el remolino peristáltico. Y emerge el chorro de alta presión, dibujando una bonita parábola entre las nalgas que miran al cielo y las begonias que lo contemplan.

Cantos para las flores. Cantos desde los cantos. La tierra recibe felizmente al chorro impregnado con la vida. Brota un tráfico de insectos, un laborioso estallido de negras patas excavadoras.

Se derriban los muros, obsoletos ante la exigencia novedosa que deparan los nuevos insectos. La rebelión de los sueños se ve opacada por la incontinencia nupcial de la nueva ola insectuosa. Pelotones de bichos bolita ruedan por las calles.

El abecedario se sacude el polvo endurecido y revela su motricidad terrestre. En las calles, en las plazas, en los parques, en los terrenos baldíos, en las playas, en las cuevas, sobre la piel de los edificios. Las letras trepan apurando las comas. No hay tiempo para suspender los puntos o colgar al párrafo. La vida se escribe de corrido.

La señorita se escribe. La escriben sus begonias. La escriben los sueños, los propios y los ajenos, y los que no tienen dueño. Las letras le chorrean por la comisura de sus prístinos (siempre prístinos) labios. Alguna que otra letra queda atrapada en el interior de una minúscula gota de saliva que brilla atrapada en alguna mínima grieta.

Gota a gota, la grieta se agota, se acota su cota de araña. La grieta, agotada de gotas, vive en la araña que araña un gotón agrietado en la solapada solapa sola de un saco abotonado con botas.

La gota resbala se escurre se agarra se enrolla y grita. Explota y ahora es muchas gotas, y en cada gota vive el alfabeto, trémulo y distante como cualquier abecedario. El cielo se acurruca en el fondo de la noche. Y en cada noche del cielo brilla una gota.

El cielo arranca una luz de geometría perversa. Es demasiado pronto para que venga el día. Y sin embargo, la luz está. Se mueve. Se presiente con la punta de los dedos. Se saborea su angulosa amargura. Su afán exploratorio, la voz cantante. Luz persecutoria. Luz de captura. Luz y presa. Luz del orden. Seca luz de calabozo. A esconderse.

Se ablanda la luz, se derrite y empieza a escurrirse a chorrear forma charcos. La señorita se zambulle en uno de los charcos, pero rebota, la luz la rechaza. Con tanto ímpetu la rechaza que sale la señorita proyectada hacia los cielos, donde otras luces también la rechazan. Ha llegado la hora de refugiarse en la negrura.

Refugio. Cueva para fugarse. Noche para fulgir. Nacer de la fuga. Ocultarse. Ser oculto. Rayo de sombra. Inversa luz. Luto en destello.

Ello. Lo otro que pasa, que brama que ladra. Que trama lo negro. Ella. Que sube y que baja, rebotando de una estrella a otra. En el billar del cielo, la señorita no consigue ni una carambola.

la víbora que faltaba
buenos aires
laviboraquefaltaba@gmail.com
laviboraquefaltaba.wordpress.com
julio 2012